

Lactancio, según el testimonio de Eusebio de Cesarea, vivió en el retiro, y conservó el amor á la pobreza, á la que se habia consagrado sometiéndose al yugo de Jesu-christo. Estaba muy versado en la literatura profana; sobre todo en el conocimiento de los poetas y filósofos, que eran los teólogos y moralistas del paganismo. Hecho christiano, empleó útilmente en defensa de la verdadera religion todo lo que habia sacado de estas fuentes extrañas; esto se nota especialmente en sus instituciones divinas: obra la mas vasta é interesante que tenemos de él. Está dividida en siete libros, y tiene por objeto la refutacion de todo lo que hasta entónces se habia escrito contra la religion christiana. Como Lactancio se habia instruido á fondo en la mitologia pagana, y en los sistemas filosóficos, poseido de su objeto, y manejándolo con habilidad, está lleno de fuerza en todo quanto dice, para demostrar la locura del politeismo, y la futilidad de las ideas alegóricas, baxo las cuales se pretendia encubrir su obscuridad. Pero no habiendo profundizado igualmente la doctrina de los padres de la teología orthodoxa no es tan feliz quando pretende exponer y establecer nuestros dogmas. Esto no ha impedido que san Gerónimo le mirase como uno de los hombres mas sábios de su tiempo, y dixese que su estilo es un rio de eloqüencia. En efecto, esta pureza, esta gracia y esta abundancia de una diction fluida y numerosa le han merecido el título de Ciceron christiano, que le han dado los escritores eclesiásticos mas ilustrados que han venido despues de él. Se ignora el tiempo de su muerte.

ARTICULO XI.

Cisma de los donatistas en Africa, de los eustatianos y melecianos en Antioquía, de Felix y de Ursicino en Roma, de Lucifero de Caller en Cerdeña.

Una particular querella de dos hombres zelosos y ambiciosos, que vieron con despecho la elevacion de otro, á quien creian ménos digno que ellos del episcopado, produjo el deplorable cisma de los donatistas, que despedazó la Africa por mas de un siglo, llegando á ser tal el furioso ardor de que se arrebataron sus partidarios, que hizo tal vez cometer mas crímenes, y derramar mas sangre en esta parte

del mundo, que los mutuos odios de Sila y Mario, de Cesar y de Pompeyo: seria este el mas terrible exemplo que se encontrase en la historia de la barbarie y excesos monstruosos, á que el espíritu de secta es capaz de arrastrar á los hombres, si no se hubieran visto renovadas con tanta crueldad estas espantosas escenas en nuestras últimas guerras de religion. Es conveniente poner de quando en quando estas sangrientas pinturas á los ojos de los hombres, para enseñarles quán formidables son los efectos del espíritu de partido, y quánto interesa á la sociedad sofocarle en su origen. Habiendo muerto Mensurio, obispo de Cartago, congregados los obispos de Africa para darle un sucesor, recae la eleccion en Ceciliano, que es ordenado por Felix, obispo de Aptung, con unánime consentimiento de todos los que tenian derecho para concurrir á su eleccion. Dos miembros del clero de cartago que aspiraban al episcopado, se unen con una muger poderosa, que tenia un odio secreto á Ceciliano, que habia querido rectificar su piedad exhortándola á no recibir sino de la Iglesia los objetos de su culto y veneracion. Unidos con un mismo interes, conciertan de acuerdo los medios de su venganza, no encontrando otro mas seguro que el de hacer anular la ordenacion de Ceciliano. Botro y Celestio encienden los espíritus con sus declamaciones, y Lucilia los hace aun mas persuasivos con el dinero que por mano de ellos hace distribuir al pueblo. Los enemigos de Ceciliano forman bien presto un cuerpo numeroso, en el que se cuentan algunos obispos; congregan un concilio en Cartago, adonde convocan á los de Numidia, que se quejaban de no haber sido citados para la eleccion de Ceciliano. La magnificencia de los banquetes y dones que Lucilia les hizo, acabó de inclinarlos á favorecer sus miras. Citan á Ceciliano; pero su pueblo no le dexa comparecer: Felix su consagrador es acusado de haber entregado durante la persecucion los libros y vasos sagrados, crimen que se igualaba al de la apostasia. Los dos obispos emplazados fueron depuestos, y la ordenacion de Ceciliano dada por nula; en la falsa preocupacion de que el crimen de los ministros de la Iglesia influye en la nulidad de los sacramentos que administran. Mayoriano es colocado en la silla de Cartago, y se declara el cisma. Constantino habia conquistado el Africa por su victoria sobre Maxencio. Temió que el ardor de esta querella, y la anih-

mosidad á que podia dar lugar, alterasen la fidelidad de sus nuevos vasallos. Empleó la autoridad para ahogar estos disturbios en su nacimiento, y restablecer la paz; pero no pudo reducirlos. El mal llegó á hacerse mayor, quando por muerte de Mayoriano los cismáticos eligieron en su lugar á Donato, distinto de otro del mismo nombre, obispo de Casas-negras, que habia sido uno de los autores del cisma. Era este un hombre recomendable por muchas bellas qualidades, sábio, eloqüente, de rectas costumbres; pero altivo, dominante, emprendedor, inflexible, no teniendo otra pasion que la de dominar; y en una palabra todo lo que caracteriza una cabeza de partido. Donato que mereció dar nombre á los de su faccion, supo bien presto acreditar el cisma con aparentes virtudes, entre tanto que empleaba su talento é ingenio en justificarle. La falsa opinion contra la legitimidad de los sacramentos administrados por los traidores de las escrituras, tan difundida ya en el Africa, le ofreció un medio especioso que tuvo la destreza de hacer valer. La erigió en principio, extendiéndola á todos los ministros que hubiesen incurrido en pecado. De aquí concluia, que todos los pecadores dexaban de ser miembros de la Iglesia, y por otra consequencia reducía á solo los justos y escogidos, en una palabra la verdadera Iglesia á su comunión, habiendo todos los demas salido del redil, y habiéndose excluido del rebaño como cómplices del crimen de los entregadores por su union con ellos. De este modo el cisma adquirió por el error un carácter de consistencia, que hasta entónces no tenia; se hizo una secta razonada, teniendo una doctrina y principios que le fueron propios, y que sirvieron para conservar á sus partidarios reunidos baxo el mismo estandarte. Este era el designio de Donato, por cuyo medio se hallaba á la frente de un cuerpo de sociedad distinguido de todos los demas; y quando le hubo inspirado su orgullo, su menoscupio para con el resto de los hombres, y su espíritu de independencía respecto de qualquiera autoridad; este cuerpo llegó á hacerse tan atrevido y tan formidable, que las dos potestades no pudieron detener sus estragos, ni poner freno á sus furros.

La muerte de Donato no produjo mudanza alguna en los negocios de la Iglesia de Africa; jamas su espíritu cesó de animar á sus partidarios. Aunque se emplearon las

vias de conciliacion, aunque se tentaron los medios de rigor para vencer su tenacidad, nada se consiguió. Igualmente irritados con los buenos tratamientos y las amenazas, con la dulzura y la severidad, correspondian á la indulgencia con la audacia, y con furor á los castigos. Llegaron, pues, á tal punto de fanatismo y de transporte, que habiéndose armado y corriendo en tropas, llevaban el fuego, el hierro, el pillage y la muerte á todas partes. Nadie estaba á cubierto de sus violencias, la resistencia y la fuerza no los detenian; provocaban contra sí mismo á todos los que se armaban para defenderse de sus ataques, no ménos empeñados en su propia pérdida que en la de sus enemigos, y no ménos satisfechos de recibir la muerte, que animados á darla. Matar era en su juicio exercer una justa venganza contra los enemigos de Dios; y morir cubierto de sangre, era recibir la corona del martirio: este frenesí llegó á tal extremo, que se les veia en bandas precipitarse desde la cima de las montañas y de las rocas, y arrojar en las hogueras que ellos mismos encendian, y meterse por el hierro de los soldados que se enviaban contra ellos. Ve aquí los que se llamaron *Circunceliones*: secta cruel y rabiosa, que por dicha de la humanidad nunca ha tenido semejante, y que llenó de horror y carnicería toda la Africa, hasta el reynado de los hijos de Teodosio. El incendio no dexó de asolar y consumir, sino quando el fuego que le excitaba no tuvo en que cebarse.

Entónces se pasó á las discusiones y argumentos, habiéndose extinguido el furor por los transportes á que se habia abandonado: los entendimientos vinieron á ser capaces de racionar: donatistas y católicos entraron por una y otra parte en questões arregladas; se tuvieron conferencias; los ánimos se reconciliaban á medida que los reciprocos odios iban perdiendo de su actividad; empezaban á verse sin horror, y por parte de los donatistas se venia poco á poco en subscribir á las condiciones de paz que los católicos continuamente proponian. Tal era el estado de este funesto cisma á fines del quarto siglo; pero no fué enteramente extinguido hasta el siguiente. La gloria de consumir esta grande obra estaba reservada á san Agustin, como veremos quando hubiéremos llegado á los tiempos de este feliz suceso.

Si el cisma de Antioquía no hizo estragos tan horribles como el de Africa, puso sin embargo á aquella Iglesia en un estado deplorable por la division que produjo entre los católicos de los dos partidos, y por su larga duracion que pasó de ochenta años. Un motivo en sí bien loable fué el primero de esta desgraciada desavenencia, quiero decir, la adhesion del clero y del pueblo ortodoxo á la fe de Nicea. San Eustatio obispo de Antioquía habia trabajado durante todo su episcopado en inspirar á su pueblo un zelo ardiente por la verdad y un gran desvio, tanto de los declarados arrianos, como de todos los que participaban de sus opiniones, quales eran los del partido de Eusebio. Estas disposiciones estaban en todo su vigor quando murió san Eustatio en su destierro año 338 despues de haber sufrido mucho por la fe. La muerte del santo pastor léjos de disminuir el zelo por la fe, de que habia imbuido á su rebaño, no hizo sino aumentarle; durante su vida, la parte mas sana de los católicos estaba enteramente separada de los arrianos miéntras que la otra mas numerosa comunicaba con ellos.

Esta diversidad de conducta fué la segunda causa del cisma, y acabó de desenvolver la semilla de la division que hasta entónces no habia hecho todos sus progresos. Melecio, hombre recomendable por todas las virtudes que deben brillar en un obispo, fué colocado en la silla de Antioquía por la porcion del clero y del pueblo que no habia roto su comunion con los eusebianos. La otra que seguia los principios de conducta que habia establecido san Eustatio, no quiso reconocer al nuevo obispo, que empleó todos los medios que la caridad puede inspirar, á fin de restituirlos á la unidad.

En este estado estaban las cosas quando Lucífero de Caller pasó por Antioquía, volviendo de su destierro despues de la muerte de Constancio. Tentó conciliar los dos partidos que ya se distinguían por los nombres de eustatianos y melecianos, tan divididos estaban entre sí. No habiendo podido conseguir cosa alguna por la tenaz resistencia de los eustatianos que desecharon toda composicion, tuvo la imprudencia de prestarse á sus deseos, y de darles un obispo ordenando al sacerdote Paulino, hombre de una fe pura y vida exemplar, y que la iglesia de Antioquía hubiera sido feliz en tener por pastor en

otras qualesquiera circunstancias. Este paso dió la última mano á la division, que degeneró bien presto en un odio recíproco por las odiosas imputaciones que mutuamente se hicieron, y que vino á ser un daño general para toda la Iglesia por la variedad de opiniones, y de conducta que se introduxo con este motivo entre los obispos de Oriente y Occidente. Los orientales reconocian por sus obispos legítimos á san Melecio y sus sucesores. Por el contrario los occidentales no comunicaban sino con Paulino, y los que fueron elegidos despues de él. Esta lastimosa division de que este siglo no vió el término, duró hasta la eleccion de san Alexandro, que fué elevado á la silla de Antioquía el año 414. Su penetrante eloquencia y su caridad aun mas persuasiva lograron la reunion de los dos partidos opuestos. ¿Este feliz acaecimiento vino á ser objeto de una fiesta pública, y fué celebrado con todos los testimonios de un júbilo sincero, con gran disgusto de los enemigos de la Iglesia, siempre dispuestos á alegrarse de sus males, y afligirse de sus ventajas? Qué objeto de triunfo no habia sido para ellos, y qué escándalo para los fieles ver tres obispos á un mismo tiempo en Antioquía, dos católicos y un arriano que mutuamente se excomulgaban? A vista de semejantes exemplos, cuánto no se debe temer todo lo que se dirige á romper la unidad!

Sin embargo fué rota dos veces en la iglesia de Roma durante este siglo. El primero de estos cismas fué el de Felix, diácono de la iglesia Romana, quien aprovechándose de la ausencia del papa Liberio, desterrado por orden de Constancio, se hizo consagrar furtivamente por obispo arriano; el segundo el de Ursicino ó Ursino que se formó un partido en la capital del mundo, y vino á ser competidor de san Dámaso, electo canónicamente por muerte de Liberio. Uno y otro hicieron pocos progresos, y fueron arrojados de Roma con desprecio por el pueblo, aunque el uno estaba apoyado por toda la autoridad de Constancio, y el otro habia invocado la proteccion de Valentiniano segundo. El primero de estos príncipes se vió obligado á abandonar á Felix, porque era demasiado odioso á los católicos de Roma, lo que le hizo temer el sostenerle; el segundo consintió en la exclusion de Ursino, habiendo hecho exáminar el asunto

en un concilio tenido en Aquileya año 381, y despues de haberse convencido de que este falso pontífice era un ambicioso y un intruso. De este modo se restableció la tranquilidad en la iglesia de Roma.

El cisma, de que fué autor Lucífero obispo de Caller en Cerdeña, hacia temer consecuencias mas funestas, porque tenia por principio la severidad; medio casi siempre el mas propio para hacerse partidarios. Por otra parte las eminentes virtudes de Lucífero, su profunda ciencia, y el testimonio brillante que habia dado á la fe, bastaban para dar mucha autoridad á su opinion; consistia ésta en mirar como cobardes y traidores, á la verdad, á los obispos católicos que por el bien de la paz condescendian en vivir en comunión con los que habian favorecido al arrianismo, reynando Constantio segun el decreto del concilio de Alexandria año 362. No admitia diferencia entre ellos y los arrianos mismos, separándose igualmente de los unos que de los otros. Pero este mismo exceso de rigor que fué la causa de su cisma, lo fué tambien de los pocos progresos que hizo. Apenas se habia esparcido por algunas comarcas de la Cerdeña, de la España y de las Galias, quien por sí mismo cayó, no logrando mas partidarios. Lucífero permaneció en él hasta su muerte, acaecida año 371 ó 372 (a).

ARTICULO XII.

Prácticas, disciplina, gobierno de la Iglesia.

Las costumbres de este siglo son poco mas ó menos las mismas que las del precedente. Se ve guardar el ayuno y las abstinencias, celebrar las fiestas, observar las ceremonias y los ritos de la santa liturgia, como se habia practicado hasta entónces en las grandes iglesias en que era numeroso el clero, quales eran las de Roma, Antioquia, Alexandria &c. pero el culto exterior, como ya hemos dicho, tomó una nueva forma á causa del orden, del esplendor y de la magestad que se dieron á las diferentes partes del oficio público. Este fué el fruto de la libertad concedida á la Iglesia por Constantino. La *psalmodia* alternativa ya

(a) No todos convienen en que Lucífero permaneciese en el cisma hasta la muerte. Véase el padre Flórez en su clave historial añadida.

usada en Oriente se introduxo en el Occidente por el exemplo y los cuidados de san Ambrosio, que la estableció en la iglesia de Milan durante la persecucion que la emperatriz Justina le hizo sufrir.

Lo que la piedad de Elena y de Constantino les inspiró para la restauracion y adorno de los santos lugares en que se obraron los misterios de la redencion, fué el origen de una devocion que se acreditó mas y mas en lo sucesivo; hablo de las peregrinaciones: esta práctica comenzó en el Oriente. Se iba á reverenciar la cruz del Salvador, su sepulcro, el lugar de su nacimiento y los demas sitios que su presencia ó sus milagros habian consagrado. Se iba á ellos desde los países vecinos en ciertos dias, para reanimar el fervor á vista de estos objetos tan respetables, y tan gratos á la piedad. Poco á poco el Occidente imitó una costumbre fundada en una curiosidad tan loable, y en los siglos siguientes se corrió en tropel á Jerusalem de las provincias mas distantes de la Europa. De estos viajes se originaron en el discurso del tiempo las cruzadas, como veremos quando hubieremos llegado á la época de estas sagradas guerras.

Una práctica de devocion particular á este siglo era la de hacerse bautizar en el Jordan, no porque se atribuyese alguna virtud especial á las aguas de este rio, sino porque se las miraba como santificadas por el bautismo de Jesu-christo. Los que han querido justificar á Constantino de no haber recibido hasta su muerte este sacramento que hace y consagra al christiano, alegan por razon de esta morosidad el deseo que tenia desde largo tiempo de recibir el carácter de hijo de Dios, y la remision de sus pecados en estas aguas, en donde el Salvador de los hombres se habia sometido al bautismo de la penitencia.

Los obispos se aprovecharon tambien de la paz dada á la Iglesia por la conversion de los Césares para celebrar los santos misterios con una pompa y magnificencia que eran impracticables, en tanto que la religion oculta, para decirlo así, debaxo de la tierra, no tenia otros templos que las cavernas, ni muchas veces otros altares que las manos de los sacerdotes. Las Basílicas magníficamente construidas y adornadas, que la liberalidad de los emperadores y de los fieles proporcionó medios de edificar por todas partes, hicieron nacer la idea de dar á las ceremonias religiosas todo

el esplendor propio para hacer impresion en los sentidos, y para inspirar en los ánimos la veneracion debida al Ser supremo. Pero este esplendor nada tenia de contrario á la simplicidad magestuosa que caracterizaba el culto christiano desde los primeros tiempos de la religion. Se hicieron frontales y paños ricos para cubrir los altares, y vasos preciosos, cruces de oro y plata, candeleros, lámparas y otros instrumentos destinados al servicio ó al ornamento de las iglesias. Los pontífices, los sacerdotes, los diáconos y los demas ministros tuvieron vestiduras distintas para exercer las sagradas ceremonias, aunque no tenian entónces la forma que despues han recibido; se emplearon lienzos finos y ricas telas que de ordinario trabajaban las vírgenes consagradas á Dios, las viudas y otras mugeres piadosas, en donde figuraban con el bordado varios hechos de la historia del Salvador, ó diferentes emblemas sagrados, como el del buen pastor llevando sobre sus espaldas la oveja que habia recobrado. Se grababan tambien estas representaciones históricas, y estos símbolos piadosos en los cálices y demas vasos que servian para el sacrificio.

Quando hubo libertad de construir templos, se apresuraron los fieles á transportar á ellos los cuerpos de los mártires, cuya mayor parte reposaban en lugares remotos y con poco decoro. Se colocaban ordinariamente debaxo de los altares, conforme á lo que se dixo en el capítulo 6. del Apocalipsis de san Juan, versículo 9.... *Yo he visto debaxo del altar las almas de los que habian sufrido la muerte por la palabra de Dios y por la confesion de su nombre.* Por esto se daba á los altares la forma de tumbas, forma que han conservado largo tiempo, y que el gusto de la antigüedad ha renovado en nuestros dias en muchas iglesias construidas ó decoradas recientemente. El motivo de las translaciones era algunas veces enriquecer una ciudad ó una iglesia con las preciosas reliquias de los santos mártires que habian sellado la fe con la efusion de su sangre, y de los santos confesores que la habian rendido testimonio con firmeza, por premio de la qual deseaban la muerte. Por esto Constancio hizo transférir á Constantinopla el año 356 el cuerpo de san Timoteo discípulo de san Pablo y primer obispo de Efeso, y en el de 357 los de los apóstoles san Andres y san Lucas. Otras veces se hacian las translaciones para sacar las reliquias preciosas de

los sitios poco decentes y aun ignorados, en donde los fieles las habian escondido durante la persecucion, y procurarlas los honores debidos, exponiéndolas á la pública veneracion. Por esto se vió á san Ambrosio transferir á la Basílica de Milan, llamada hoy Ambrosiana, las reliquias de los santos Gervasio y Protasio que Dios por revelacion le habia descubierto. Estas translaciones se celebraban con aparato tan suntuoso, como edificante, y muchas veces en ellas manifestaba Dios su poder, y la gloria de sus siervos con un gran número de milagros. Tales fueron los que obró en la de los santos mártires de que hemos hablado, y de que fué san Agustin testigo. La mas antigua translacion de reliquias que se menciona en la historia de la Iglesia es la de los cuerpos de san Pedro y san Pablo hecha en Roma por el papa san Sixto el 29 de Junio del año 238.

Habian los concilios llegado á ser mas frecuentes á medida que se podian congregarse mas libre y fácilmente. Pero esta misma facilidad tuvo inconvenientes, quando las grandes heregias, como el arrianismo y macedonianismo en este siglo, y el nestorianismo, eutichianismo &c. en los siguientes hubieron atraído muchos obispos á sus respectivos partidos. Estos obispos heterodoxos se juntaban para determinar sobre los intereses de sus sectas, y las decisiones emanadas de estos sínodos introducian necesariamente tanta confusion en las materias concernientes á las costumbres y disciplina, como en las relativas al dogma y á la fe.

Aunque las querellas de religion y la rivalidad de los partidos fuesen tal vez el fermento mas propio para desenvolver las pasiones, y aunque las riquezas, la consideracion y la autoridad anexas á las primeras dignidades de la Iglesia, fuesen poderosos móviles para los ambiciosos, y para los espíritus zelosos de dominar; las costumbres del clero, en todos los órdenes, conservaban su antigua simplicidad. Los santos obispos que eran en gran número vivian sin fausto, apartados del mundo, y ocupados únicamente de las funciones espirituales. El retiro era su mas amado asilo, la oracion y la instruccion del pueblo que les estaba confiado empleaban todos sus momentos. Muchos llevaban aun la práctica de la penitencia y el amor de la pobreza tan adelante, como los mas austeros anacoretas, como lo hemos dicho de san Basilio, de san Gregorio Nacianceno, y como se admiró tantas veces en una infinidad

de otros prelados en el Oriente y en el Occidente. Si su zelo los sacaba algunas veces de la soledad en donde querian ocultar sus virtudes, si los conducia tambien para dexarse ver en las casas de los grandes, y en las cortes de los príncipes, era siempre por la utilidad de la Iglesia: unas veces volaban al socorro del rebaño que el error ponía en peligro por los artificios y la seducción, por las amenazas y la violencia, porque empleaba sucesivamente estos diferentes medios para engañar ó intimidar, otras iban á interponer su mediacion para terminar las divisiones y pacificar las discordias: otras en fin se presentaban delante de los emperadores para implorar la proteccion de estos dueños del mundo en favor de los infelices, é iluminar su religion que los perversos se esforzaban á sorprehender, y hacernos conocer las reglas eclesiásticas que las pasiones de aquellos que los rodeaban los hacian violar algunas veces.

La gerarquía ya establecida en los siglos precedentes, como lo hemos notado, se extendió, y se consolidó en este, y adquirió en él una graduacion mas señalada y mas regular. Á la cabeza de los obispos, y en el mas alto grado de jurisdiccion, se veía á los de Roma, Antioquia, Alexandría y Jerusalem. Despues de los quatro patriarcas se seguian los exárccos eclesiásticos, cuya autoridad modelada por la de los exárccos civiles que Constantino habia creado, se extendía sobre muchas provincias. Venian en seguida los metropolitanos que solo tenían inspeccion sobre una sola provincia mas ó ménos dilatarada, segun el distrito de la metrópoli civil de que eran obispos. Inmediatamente detras de ellos estaban los arzobispos cuya jurisdiccion abrazaba muchos obispados sujetos á su inspeccion; finalmente la clase última se componia de los simples obispos reducidos al distrito de una sola iglesia, y que tenían baxo sus órdenes, como los otros prelados, sacerdotes, diáconos y ministros inferiores, de que se servian para la instruccion de los fieles, la administracion de los sacramentos, las diversas funciones del culto público, el uso de las rentas destinadas á la iglesia, y la distribución de las limosnas.

Á la cumbre de este edificio magestuoso, y en el primer grado del órden sacerdotal se manifestaba el obispo de Roma, no solo porque su potestad patriarcal se extendia sobre todo el Occidente, sino porque tal primado habia sido instituido por el mismo Jesu-christo, como el mayoraz-

go esencial de su silla. La reconocian todas las iglesias como el gefe de todos los pastores, y el punto central de la unidad católica. En consecuencia de estas ideas recibidas desde el fundamento de la Iglesia, el concilio Sardicense en 347, compuesto, segun la opinion comun, de mas de trescientos obispos, en cuyo número se contaba san Atanasio, remite al obispo de Roma la revision (a) de los pleytos personales de los obispos, ya juzgados en los concilios provinciales. No pueden tener origen mas cierto, ni motivo mas respetable las apelaciones á Roma, puesto que segun las propias palabras del concilio sardicense se le ha conferido este derecho por honrar la memoria de san Pedro en sus sucesores.

Asimismo por un efecto de la superioridad del obispo de Roma, y de la eminencia reconocida de su dignidad; los demas obispos se dirigian á él en sus dudas para recibir su decision sobre diversos puntos de doctrina y policia eclesiástica. Las respuestas que los papas daban á estas consultas, se han llamado decretales, porque siempre han tenido la fuerza y la autoridad de un decreto en los puntos que eran su objeto. La del papa san Siricio es la mas antigua de las decretales, dirigida á Himerio obispo de Tarragona en España. Esta pieza no solamente es preciosa, por ser la primera en su género segun el juicio de los críticos, y la que prueba la posesion en que estaban los pontífices romanos de sentenciar sobre las materias que los otros obispos sometian á su decision, sino aun mas por el fondo de las cosas que contiene. De esto se infiere que desde entónces existian en España comunidades religiosas de uno y otro sexo; que la penitencia pública impedia el matrimonio, y suspendia al ejercicio de las funciones militares, y que la edad de los ordenados, como tambien los intersticios que deben observarse de un órden á otro, estaban ya arreglados, ó que lo fueron por esta decretal. Era necesario tener treinta años para ser acólito subdiácono: no haber sido casado sino una vez, y con una que fuese virgen; y haber tenido una vida honesta é irreprehensible: cinco años mas para el diaconado despues de haber hecho voto de cas-

(a) Esta remision se hizo á propuesta de Osio obispo de Córdoba, como casi todas las demas de aquel célebre concilio. Véanse en sus actas.

idad: otros cinco para el sacerdocio, y últimamente diez mas que en todo hacen cincuenta para el episcopado. Los públicos penitentes no podian ser admitidos en el clero aun despues de cumplida la penitencia.

Se acordó en el concilio de Constantinopla celebrado en 381, que aunque solamente compuesto de obispos Orientales, vino á ser ecuménico por la adhesión de los Occidentales; que el obispo de Constantinopla subiese el primer grado despues del de Roma, porque la ciudad de su silla era la segunda del imperio, y la primera despues de la antigua capital del mundo. Esto que no fué al principio sino un simple lugar, precedencia honoraria concedida al pastor de la ciudad imperial, se hizo bien presto una jurisdicción muy extendida. Los padres del concilio al formar este reglamento no prevenian que serian el manantial de los mayores disturbios entre los patriarcas de Constantinopla, y los soberanos pontífices, y la primera semilla de un cisma, que aun tiene á las dos iglesias separadas la una de la otra.

Daremos fin al quadro de la historia y de las costumbres de la Iglesia en este siglo, haciendo conocer una institucion que debió su origen al siglo precedente, pero que no estuvo en todo su esplendor hasta mediados de este. Se dexa ver que quiero hablar de los solitarios y de los monges.

No se puede ménos de admirar á aquellos hombres extraordinarios que renunciaron á todas las esperanzas del siglo por sepultarse aun vivos en los desiertos, y que se exercitaron en una especie de martirio tanto mas penoso para la naturaleza, quanto duraba toda la vida. Habia dos géneros de ellos; los solitarios ó anacoretas, que vivian separados de todo comercio, y que habitaban en chozas que ellos mismos se fabricaban en lo mas remoto del desierto ó en las cavernas, que la misma naturaleza había formado, y los cenobitas que se juntaban para darse en comunidad á la práctica de la perfeccion evangélica, baxo la conducta de un superior al qual daban el nombre de abad.

San Pablo, san Antonio, san Pacomio, san Hilarion, san Nilo, san Macario, san Arsenio y tambien una infinidad de otros, han ilustrado estas dos profesiones de vida con sus virtudes y milagros. Lo que refieren de ellos

Rufino y Casiano que habian tenido la piadosa curiosidad de visitar los desiertos de Egipto y de la Siria, y que habian observado las costumbres de estos portentosos habitantes de las soledades, seria increíble si los mismos hechos no estuviesen confirmados por otros testigos de la mayor autoridad; tales como los Atanasios, los Gerónimos, los Sulpicios Severos y los Teodoretos.

Estos modelos de penitencia y de desprendimiento del mundo tuvieron bien presto imitadores en el Occidente. San Martin de Tours es uno de los mas ilustres, y tal vez el primero que siguió su exemplo; á lo ménos es cierto que el monasterio que fundó cerca de Poitiers, en un lugar llamado Ligugé, es el primero que ha existido en las Galias. Pero en el discurso del tiempo estos asilos de la piedad se multiplicaron hasta lo infinito en todas las religiones de la Europa, en que la religion habia penetrado, especialmente quando la regla de san Benito seguida bien presto de la fundacion de Cluny y del Cister hubo dado la existencia á estos grandes cuerpos religiosos que despues se llamaron órdenes; sociedades eternas que se perpetuan por los individuos que no cesan de atraerse, que han tomado de siglo en siglo tantas diferentes formas que es menester estudio para seguir su filiacion, y conocer su gobierno. Nosotros cuidaremos de describir el origen, los progresos y el objeto de estos piadosos institutos, á medida que llegaremos á las épocas señaladas por los sucesos que les han hecho célebres en la Iglesia.

Hubo en todos tiempos hombres audaces y temerarios en sus juicios que llegaron á ser mas comunes en nuestros dias, que han osado censurar agriamente la institucion de los órdenes monásticos, su número tan multiplicado baxo diversas reglas, y la extension que cada uno de ellos ha adquirido: sucesivamente miran á estas familias estériles y fecundas, por otra parte como perjudiciales á la sociedad á quien segun su dictámen conspiran á extinguir y arruinar insensiblemente. Para responder á esta injusta critica basta observar que la religion christiana bien léjos de procurar la destruccion de la sociedad, se propone al contrario hacerla florecer en lo físico y en lo moral, poniendo un freno á las pasiones destructivas que respecto de uno y otro son sus mas formidables enemigos; que las instituciones monásticas estan fundadas sobre el es-